
DISCURSOS



LA SALVACION POR EL CAMINO DE LA INFANCIA

Joannes Paulus P.P. II

*Con motivo del Año Internacional del Niño, el Santo Padre ha enviado a monseñor Simón D. Lourdusamy, presidente de la Pontificia Obra de la Infancia Misionera, el siguiente mensaje: **

Este Año Internacional de la Infancia me ha parecido muy oportuno para atender el deseo de numerosos responsables de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera dirigiéndoles palabras de aliento, destinadas también a los niños de todos los países miembros de este movimiento de Iglesia y a todos los que los educan en el espíritu misionero. Tenga la amabilidad, en su condición de presidente de una obra tan querida por el corazón del Papa, y preciosa para su ministerio de verdad y de caridad, de comunicarles este mensaje.

La Obra de la Santa Infancia

La floración de nuevos movimientos de apostolado, bajo el impulso bien conocido del Papa Pío XI, ha podido hacer olvidar las asociaciones más antiguas, con frecuencia bien fundadas en la piedad y en perfecta sintonía con una época y con sus necesidades. En lo que concierne a la Obra de la Santa Infancia, debida a la intuición y al celo de monseñor

Forbín-Janson, hace ya más de ciento treinta años, y ahora denominada Obra de la Infancia Misionera, no se puede si no admirar lo que llevaba, desde el comienzo, de realismo e incluso de modernidad. ¿Qué quería, sino promover, para los mismos niños, la salud espiritual y corporal de los niños nacidos en países muy poco evangelizados y muy poco afectados por el desarrollo técnico del que comienzan a beneficiarse hoy? Sí, la preocupación por el bautismo de los niños en peligro de muerte, la protección y a veces el rescate de los niños capaces de sobrevivir, la adopción de estos mismos niños por las familias cristianas, las atenciones prestadas a su instrucción constituían una tupida red de solidaridad humana y espiritual entre los niños de los antiguos y de los nuevos continentes.

Ahora bien —y esta es la paradoja de nuestra época—, las necesidades materiales, y más todavía, las necesidades morales y religiosas, no hacen otra cosa que crecer. La Infancia Misionera y todos sus jóvenes obreros apostólicos, de los que nosotros encontramos, en un sentido, un cierto prototipo en el Evangelio, tienen siempre su puesto en el anuncio de la Buena Nueva (Cfr. *Evangelii nuntiandi*, n. 72).

El fundador de esta obra pontificia no dejó de meditar lo que se podría llamar "la pastoral de Jesús", la cual comportaba una cierta pastoral de la infancia. Cristo quiere que se deje a los niños que se acerquen a El. Admira su sencillez y su confianza, su transparencia y su generosidad. El evangelista Mateo nos refiere que Jesús llama a uno de ellos y lo coloca en medio de sus apóstoles, que discutían sobre problemas de méritos y de presencias, para presentárselo como modelo de quienes desean entrar en el Reino de los cielos.

El Señor se identifica con el mundo de los pequeños

¡Más aún! El Señor se identifica con el mundo de los más pequeños: "Quién acoge a un niño en mi nombre, es a mí a quien acoge" (Mat. 18,5). ¡Y se atreve a maldecir a los que los escandalizan! Jesús no condiciona los niños, no utiliza los niños. El los llama y los hace entrar en su proyecto de salvación del mundo. ¡Qué maravilla! Esto es, sin duda, lo que el apóstol Juan puso de relieve cuando refirió las palabras

* (O. R. 21-4-79; original francés; traducción de ECCLESIA).

de Andrés, hermano de Pedro, antes de la multiplicación de los panes: "Hay aquí un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente?" (Juan 6, 9).

Jesús aceptó este humilde don y, por medio de su poder, le da dimensiones que el pequeño donante no podía prever. Todavía hoy los jóvenes cristianos, formados en el conocimiento y en el amor evangélico de los niños de su edad, privados de los bienes necesarios para su desarrollo integral, son capaces de cooperar en este trabajo de justicia, de solidaridad, de paz, de avance del Reino de Dios. Y, haciendo esto, no solamente su vida bautismal y humana se desarrolla y personaliza, sino que dichos niños interpelan y evangelizan al mundo de los adultos, a veces endurecidos y escépticos en torno a la necesidad y a la eficacia de la solidaridad y del don de sí.

A este respecto sobre la actualidad de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera y sobre sus fuentes evangélicas, yo desearía por último, añadir mis alientos a fin de adoptar todos los medios para hacerla progresar. Cuento mucho con el celo bien conocido, inteligente y perseverante, de los responsables nacionales,

regionales y diocesanos. En armonía con los demás movimientos de apostolado de la infancia, itengan como objetivo el mejorar constantemente sus métodos de acción, sin duda diferentes de un país a otro, pero ciertamente convergentes!

Preocupación por la formación de los jóvenes

Sin ser exhaustivo, se puede subrayar en primer término, el puesto privilegiado de la oración de los niños en una óptica misionera, es necesario añadir a ello la preocupación permanente por la información y la formación de jóvenes por medio de pistas catequísticas sólidas y bien adaptadas, sesiones destinadas a los educadores de los niños en el espíritu misionero de renovación muy estudiada de las actividades educativas misioneras, desde el dibujo y la expresión dramática hasta el hermanamiento de grupos de niños, de la organización de colectas inteligentemente presentadas y realizadas, en particular para las jóvenes iglesias en el plano de sus movimientos catequísticos frecuentemente tan mitidos.

Tampoco se debe omitir enseñar a los niños a mirar y a apreciar las riquezas culturales y religiosas de aquellos a quienes quieren ayudar,

en un clima de intercambio mutuo y verdaderamente fraternal. Pero yo desearía, por encima de todo, que la Jornada Mundial de la Infancia Misionera, muy afortunadamente enmarcada en el tiempo de Navidad y de la Epifanía, constituya para los niños, para sus educadores, entre los cuales deseo ver a muchos jóvenes, e incluso para sus familias, el relanzamiento anual de una solidaridad humana y cristiana, cada vez más ponderada, eficaz y recíproca.

Con esta firme esperanza, invoco sobre la Infancia Misionera los dones del Espíritu Santo e imparto a su presidente, a los responsables nacionales y a sus colaboradores y a todos los niños del mundo que presian lo mejor de sí mismos a esta obra eclesial mi afectuosa bendición apostólica.

Del Vaticano, 10 abril 1979.

JUAN PABLO II